

Evidencia de lealtad

Lucía Leszinsky



Capítulo 1

Evidencia de lealtad

Por Lucía Leszinsky



Los periódicos publicaron la noticia en primera plana: MUJER DE RECONOCIDO PSIQUIATRA SE QUITA LA VIDA. Adela Mercedes Peña, esposa del reconocido médico psiquiatra Ciro Peña, se quitó la vida hoy por la madrugada al ingerir un frasco de clonazepam acompañado con alcohol. El hecho tuvo lugar en nuestra localidad en la vivienda que compartía el Dr. Ciro Peña (41) con su esposa Adela (38) desde hacía más de quince años. Fuentes policiales informaron que, al parecer, la Sra. Peña sufría de una fuerte depresión desde hacía diez años, por lo que un colega del doctor Peña la estaba tratando con drogas antidepresivas y ansiolíticas. El episodio se registró en medio de la madrugada cuando el doctor Peña se despertó y notó que su esposa no estaba en la cama y fue a buscarla al comedor de la casa, donde se escuchaba un televisor prendido, por lo que éste supuso que su esposa no podía dormir. De acuerdo con la declaración que prestó el Médico, la mujer se encontraba en el suelo boca abajo y ya no respiraba. De nada sirvieron los intentos de su marido por reanimarla. La mujer había ingerido, al parecer, más de cuarenta píldoras de clonazepam (Rivotril 2mg) y, además, se encontró junto al cuerpo una botella de whiskey vacía. En esas circunstancias, el doctor Peña efectuó un llamado al 911 y el personal de la comisaría de la zona se hizo presente en pocos minutos. Los peritos determinaron a simple vista que la occisa no presentaba lesiones físicas, por lo que la causa fue caratulada como "suicidio" y quedó a cargo de la Unidad Funcional de Instrucción (UFI) número 9 del Departamento Judicial.

Yo tenía apenas cinco años cuando el doctor Ciro Peña y su esposa decidieron adoptarme. Y, aunque era muy pequeño para reconocer tal gesto de amor, no pasó mucho tiempo hasta que me sintiese a gusto con sus costumbres. Quien me había visto por primera vez era el doctor Peña. Yo era uno más de tantos indigentes que solíamos vagar pidiendo comida por las calles del centro de la ciudad. No tenía nada que me identificara, excepto por un pañuelo color blanco alrededor del cuello que quién sabe de dónde había salido. Sin embargo, ese pañuelo era lo que, de alguna manera, me daba identidad. Nunca había intentado quitármelo sino que

solía exhibirlo con ufanía a pesar de su aspecto sucio y sus rasgaduras.

Aprendí todo lo que hoy se de aquellos que me acompañaban en la dura tarea de sobrevivir día tras día a las desaventuras de la calle. La mayor parte del tiempo la pasaba durmiendo bajo el banco de alguna plaza o en las escalinatas de edificios. No era fácil encontrar un lugar para descansar. Siempre aparecía alguna persona con las ganas de sacarlo a uno a patadas o algún portero armado con una manguera de agua fría. Al fin y al cabo, mi aspecto y lo insignificante de mi persona no daban a la ciudad una muy buena apariencia.

Cuando no estaba escapando de las atrocidades de las que son capaces las personas, era factible encontrarme en la puerta de algún restaurante esperando que me alimentaran. Nunca conocí otro método que el de mendigar. Cuando se es pequeño como lo era yo en esa época, se espera que alguien provea lo necesario para subsistir. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Buscar un empleo? De ese modo, pasaba los días y las noches sin saber que me esperaba a la vuelta de cada esquina. Dormía, comía y alguna que otra vez me veía envuelto en alguna pelea con mis pares ya fuese por comida o por un espacio para dormir. Pero, a fin de cuentas, todos dormíamos juntos, como una gran familia. Esta parecía ser la única manera de mantener el calor de nuestros cuerpos, sobretodo en esas noches de invierno en las que el frío atraviesa el cuero causando dolor de cuerpo y alma.

Y estaba yo así, durmiendo bajo un arbusto del parque municipal, cuando el doctor Ciro Peña me encontró. Mi primera reacción fue implorarle piedad con la mirada. Sabía que no podría resistir una sola agresión física más, especialmente después de haber sufrido varias lesiones en una pelea el día anterior. El doctor Peña me miró de arriba abajo, o de izquierda a derecha, y me dijo:

—Hola, amigo. ¿No tienes frío?

—Mmmm –contesté.

—Ven. Voy a llevarte conmigo. -Me alzó con sus brazos con tanta fuerza que las heridas y las lesiones del día anterior me dolieron hasta en los huesos y tuve que contenerme para no reaccionar violentamente. El hombre parecía honesto y, aunque me costara trabajo confiar en extraños, me dejé llevar hasta el auto y no emití ningún sonido en todo el viaje.

Me ubicó en el asiento trasero y condujo por un tiempo. Cuando detuvo el motor, estábamos ya frente a lo que parecía una clínica. Por un momento, temí por mi vida y sentí unas inmensas ganas de abrir la puerta como fuese y de salir corriendo a toda velocidad. Pero cuando él me tomó entre sus brazos y me bajó del auto, sentí un gran alivio. Estaba

acariciándome la cabeza y me hablaba con ternura, con una voz suave como con la que se le habla a un niño.

En la clínica me revisó otro hombre con guardapolvo blanco mientras el doctor Peña efectuaba una llamada con su teléfono celular. Lo oí decir que estaba dispuesto a adoptarme pero que sabía que no sería fácil. Le pidió a su interlocutor que se encargara de algunos papeles y que lo mantuviese al tanto de algún asunto. El hombre de guardapolvo blanco me inyectó algunas medicinas y curó mis heridas con una dedicación que yo no había visto jamás en otras personas. Luego, le entregó al doctor Peña una libreta y le aseguró que yo me encontraba en perfecto estado de salud. Sólo tenía que darme un baño y alimentarme bien al menos durante los primeros días.

Salimos de la clínica y por primera vez en la vida me sentí feliz. De camino a casa, el doctor Peña me contó todo acerca de él y de su esposa. Vivían juntos hacía ya muchos años en una hermosa casa de estilo colonial cerca del centro de la ciudad. No tenían hijos. Su esposa hubiese querido tenerlos, pero él no consideró prudente que ella tuviese un niño a cargo dada su condición psicológica. De todas formas, él se haría cargo de mí y yo no tendría de que preocuparme. Él mismos me educaría, me alimentaría, me proporcionaría un lugar para dormir y sería mi tutor desde ese día en adelante. Por supuesto, cerré el trato inmediatamente, aunque aún no estaba seguro de qué parte me tocaba a mí. ¿Qué importaba? Tendría un hogar, alimento, educación y todo de la mano de un hombre que parecía ya quererme mucho.

Llegamos a la casa alrededor del mediodía. La esposa del doctor Peña, o Adela, como aprendí luego, era una mujer alta y delgada, con finas arrugas talladas en el rostro y el cabello negro como el azabache, sujetado con una pequeña hebilla por detrás de la cabeza. Sus movimientos eran lentos y, cuando llegamos, su mirada estaba perdida en algún punto del paisaje que estaba viendo a través de la ventana. Volteó y esbozó un intento de sonrisa, aunque sus dientes permanecieron ocultos detrás de los labios finos. Bajó la mirada y me encontró parado junto al doctor Peña. En ese momento, me pareció verle una mueca de sorpresa en el rostro, pero no estoy seguro, bien podría haber sido el reflejo del sol a través de la ventana pegándole justo en los ojos.

Marido y mujer se saludaron con un beso en la mejilla y ninguno de ellos dijo nada ni durante ni después del almuerzo. Entretanto, yo bebí toda el agua que el doctor Peña me había servido y probé un poco de la comida que estaba en mi plato. Mientras comía, no pude evitar darme cuenta de que el doctor y su esposa no se sentían cómodos el uno con el otro. Ninguno quitaba la vista de su plato y no pude registrar en ninguno de los dos siquiera algún intento de iniciar una conversación, o al menos una pelea. La señora Adela jugaba con el contenido de su plato con un desinterés que se asemejaba a una resignación involuntaria. Por su parte,

el doctor Peña, sentado a la cabecera de la mesa a la izquierda de su esposa, se acomodaba y reacomodaba en su silla una y otra vez, como si no encontrase la postura ideal para comenzar a comer. Y fue allí que recordé haber visto alguna vez tales expresiones en otras personas. A través de las ventanas de los restaurantes en los que solía pedir comida, podía verse la tristeza en el rostro de aquellos a los que no les quedaba otro remedio que comer solos, una tristeza dibujada por la soledad de quienes no tienen con quien compartir sus vidas.

Tanto era así que, habiendo transcurrido tan sólo una hora desde que había pisado por primera vez la casa de los Peña, supe que no eran felices juntos. Yo había visto el rostro de los enamorados, sentados sobre los bancos de las plazas bajo los cuales yo solía dormir, tomados de las manos, intercambiando palabras de amor, miradas, risas. Aun a mi corta edad, yo había visto decenas de hombres y mujeres que llevaban la marca de sus idilios en el rostro, riendo a sus gustos, con una expresión de complicidad y compartiendo la felicidad de estar simplemente acompañados. Esta escena, con el doctor Peña luchando contra la incomodidad de su silla y la señora Adela en plena batalla con su comida, no se parecía en nada a lo poco que yo conocía del amor entre las personas.

Habiendo lavado los platos, la señora Adela se sentó en el cómodo sillón de la sala y se dispuso a tomar una siesta mientras el televisor permanecía encendido. El doctor Peña me condujo con paciencia hasta el patio trasero de la casa y se sentó en una reposera de playa bajo un toldo de lona que daba una sombra extremadamente protectora. Sin objetar, me senté a su lado sobre el pasto húmedo y tibio del jardín. Con el rabllo del ojo pude ver una expresión de desazón e inquietud en el rostro del doctor. Pretendí no darme cuenta, pero mi mirada curiosa debe de haber sido muy obvia porque el doctor dijo:

—Tú no te preocupes. Ella aprenderá a quererte algún día. Mientras tanto, tú estarás a mi cargo y acudirás a mi cuando lo necesites. Ella no se siente bien, ¿sabes? No se siente bien desde hace muchos años y la verdad es que yo tampoco me siento bien al verla en este estado.

Yo no supe que hacer, ni mucho menos que decir. Él me hablaba de asuntos muy íntimos y temí no poder entenderlo debido a mi poca experiencia como compañero. Por lo tanto, lo miré inclinando la cabeza y él prosiguió:

—Ya no se que hacer con ella. Se que no es feliz, y mucho menos a mi lado. Y, a pesar del amor que siento por ella, yo tampoco soy feliz a su lado. Aún me pregunto en qué estábamos pensando cuando permitimos que nuestros padres nos convencieran de casarnos. Estábamos tan enamorados... o quizá sólo yo lo estaba. Indudablemente, ella no estaba preparada para esto. Lamento darme cuenta tan tarde. Ahora ella esta

sola. Sólo me tiene a mí. Y el cariño que le tengo ya no es lo suficiente como para tolerar sus ataques de llanto, sus insultos, sus agresiones. Simplemente, ya no puedo seguir con esto.

Francamente, sentí lástima por él. Estaba casado con una mujer a la que amaba pero tan desequilibrada psicológicamente que se desquitaba de sus frustraciones y sus penas con él. Me contó que había ingresado a la universidad para obtener el título de médico psiquiatra siete años después de casarse con Adela, cuando ya hacía tres años que padecía de sus ofensivas. Su objetivo era curarla, mejorar su calidad de vida, pero ella se había resistido a todos y cada uno de los tratamientos que él había intentado proporcionarle. Y así fue como, agobiado por tantos intentos fallidos o nulos, la había derivado a su colega, el doctor Fernández, quien en diez años tampoco había podido encontrar la cura para la señora Adela.

Y así había transcurrido su vida juntos, entre golpes y agresiones verbales, llantos y desganos, siestas de tres días y desapariciones semanales. Ella sufría de ataques de pánico y de alucinaciones al menos tres veces por semana. Algunas veces comenzaba a gritar en el medio de la noche sin razón alguna. Otras, se echaba sobre el suelo, comenzaba a rodar y a llorar alegando que estaba siendo atacada por ratas. Cada día deparaba algo nuevo para el doctor Peña y su esposa. Y él ya no soportaba verse envuelto en esa rutina ni ver como ella sufría del desajuste de su propia persona. Como psiquiatra había podido comprobar que la psiquis de su esposa funcionaba de una manera sorprendente. Había sido internada en instituciones psiquiátricas, con autorizaciones y órdenes de internación firmadas por su propio esposo, y había sido dada de alta al cabo de dos semanas porque las autoridades del hospital no encontraban razón alguna para mantenerla allí. Aparentemente, Adela, esposa de un psiquiatra, sabía exactamente qué respuestas proporcionar a la hora de ser examinada y lograba convencer a los demás médicos de su excelente estado mental. El doctor Peña había sostenido numerosas conversaciones subidas de tono con los colegas que atendían a su esposa pero no había logrado nada, sólo unos cuantos enemigos y una esposa manipuladora y al borde de la esquizofrenia.

Permanecí allí, sentado a su lado y mirándolo con la cabeza inclinada. Ese hombre que me había llevado a su casa, que me había dado de comer y que estaba dispuesto a adoptarme no era feliz. Pensé que quizá yo representaba su último intento desesperado de recuperar la cordura y el buen juicio de su esposa. Si ella se diera cuenta de que yo era pequeño, que no tenía familia, que me había criado en la calle, con hambre y frío, que necesitaba el calor de una madre, el amor de una familia y la seguridad de un hogar, quizá volviese en sí y compartiría con su esposo el amor por mí. Pero nada de eso sucedió y yo tuve que aprender a salir corriendo para esconderme bajo la cama cada vez que ella se expresaba

por medio de gritos y arrojando piezas de vajilla a su marido.

De todos modos, nunca me lamenté de mi suerte. El doctor Peña preparaba mi comida personalmente, me bañaba, dormía a mi lado, o yo al suyo, me enseñaba cosas nuevas y, a menudo, me llevaba a pasear. Lejos estaban ya las calles desiertas por la noche y atestadas de gente durante el día, las largas esperas frente a los restaurantes, las peleas por el territorio, las dudas acerca de mi identidad, mi pañuelo blanco. Ahora era alguien. Y, si bien no había tenido noticias de los trámites y los papeles de los que había escuchado hablar al doctor Peña, yo me sentía de su propiedad, le pertenecía, y él a mi. Y tanto mejor era que no tenía que compartir su amor con nadie más porque, si bien él amaba profundamente a su esposa, ella no quería su amor.

Y durmiendo placidamente estaba yo cuando me despertó un ruido que al parecer provenía de la cocina. Me levanté y fui a ver que sucedía como si la curiosidad formara parte de mi naturaleza. Y ahí estaba ella, Adela, abriendo una botella de whiskey de los que el doctor Peña guardaba en su despacho. La vi tomar un vaso de la alacena y llevarse la botella bajo el brazo hasta la sala. Permanecí allí, sentado en el piso, junto al aparador de cedro colorado, esperando que ella me viera y me llamara a su lado, pero no lo hizo. Posó el vaso y la botella sobre una pequeña mesa junto al sillón, encendió el televisor y se fue al tocador, probablemente a lavarse el rostro, se notaba que había estado llorando. Debe de haber transcurrido un minuto o dos, porque me quedé ligeramente dormido y cuando desperté, allí estaba el doctor Peña, con la mirada perdida en la puerta del tocador.

Me levanté y me acerqué a él esperando que nos fuésemos juntos a dormir pero él me miró con seriedad y me envió a dormir solo, él vendría luego. Me alejé de su lado, ofendido, pero no me fui a la cama; me quedé escondido detrás de la columna que sostenía el barandal de la escalera observando como el doctor Peña sacaba de su bolsillo un pequeño frasco y vaciaba su contenido en la botella de whiskey que la señora Adela había dejado sobre la pequeña mesa. Luego, lo vi tapar la botella con el dedo pulgar y agitarla hasta que una espuma blanca se formó para desaparecer en unos segundos. Luego, arrojó el pequeño frasco debajo del sillón y se fue al dormitorio. Yo lo seguí hasta la cama y me recosté a su lado, disfrutando del calor que me proporcionaba la colcha de lana escocesa. Y así dormí, cansado del largo día y preparándome para el siguiente, hasta que me despertó el movimiento del colchón provocado por el cuerpo del doctor Peña. Se estaba levantando y, por supuesto, yo hice lo mismo.

Ya en la sala, vi a la señora Adela tendida sobre el piso boca abajo y desde un primer momento noté que no respiraba. El doctor Peña estaba intentando reanimarla inútilmente porque sabía que su objetivo se había cumplido con éxito. Se acercó al teléfono y discó unos pocos números. Mientras tanto, yo me senté junto al cuerpo sin vida de la señora Adela y

esperé, como el doctor Peña, a que llegaran finalmente los paramédicos y la policía. El peritaje se llevó a cabo normalmente y, para el amanecer, la escena ya estaba limpia.

Luego del mediodía, el doctor Peña se dio un baño y se puso su mejor traje. Ahora, tenía la mirada tranquila y un ápice de paz comenzaba a vérselo inscripto en el rostro. La casa estaba silenciosa y el aire que entraba por las ventanas abiertas proporcionaba un escenario ideal para el desahogo. Sin embargo, el doctor Peña se mantuvo en pie todo el tiempo. Su voz era firme y pausada. No creo haber visto siquiera una lágrima correr por su mejilla y me sentí feliz cuando me invitó a sentarme por primera vez sobre la silla junto a la suya para desayunar juntos. Me miraba con dulzura y no dejaba de acariciar mi cabeza. Y con una sonrisa acogedora me dijo:

—Ahora me voy a la dependencia policial a prestar declaración. Prométeme que te portarás bien si te dejo aquí solo durante unas horas. Quisiera poder quedarme contigo, pero debo ir y no puedo llevarte conmigo. ¿Qué puedes aportar tu a la causa?

Ciertamente, yo no podía aportar nada a la causa. Adela estaba muerta y yo había visto cómo había sucedido. El doctor Peña la había asesinado, el mismo doctor Peña que había sido mi único amigo y al que nunca me hubiese atrevido a perjudicar. Teníamos un pacto implícito de lealtad y yo estaba dispuesto a cumplirlo. Y, además, ¿Qué podía hacer yo? ¿Declarar? Era absurdo. Al fin y al cabo, ¿quién iba a creerle al perro de la casa?